

su busca, se quedaron los Padres en una choza, esperando conseguir por la oracion la vocacion á la Iglesia de aquellas naciones bárbaras, y á pocos días volvieron trayendo una de Indios Alasapas, con otros Apóstata, y algunos Gentiles de diversas naciones.

Á su vista, salieron los Padres á recibirles con los brazos abiertos, y estrechándoles en sus corazones, cantaban alabanzas á Dios por sus grandes misericordias, y á María Santísima por su intercesion piadosa; y viendo la docilidad de aquellos miserables Gentiles, trataron de hacer una Iglesia, y dedicarla á honor de los Dolores que en nuestra Redencion padeció, como cooperadora de ella, la divina Señora: trabajaron tambien una pobre choza para su alvergue, y dieron principio al catequismo y doctrina de la Ley de Dios á los Gentiles, de enseñanza y razon á los Apóstatas, y de fomento é instruccion á los Tlaxcaltecas. Ni fue solo espiritual el bien que resultó de esta extraordinaria conquista, porque los Indios Alasapas dieron noticia de unas piedras muy pesadas que habia en un cerro fronterero á la Mision, y habiendo hecho ensayos de ella, se descubrió el riquísimo tesoro de que se han sacado tantas cantidades de plata, siendo el P. Hidalgo el primero que bendixo la mina que llamó de San Francisco de Asís.

Pero no estos, sino otros mas opulentos tesoros eran los que buscaban los Misioneros, que estaban escondidos en los bosques y eriazos de aquellos campos, por lo que no pudiendo contenerse en aquellos ámbitos, salian á peregrinar por los montes, y á largas distancias, para explorar la tierra y abrir camino por don-

de pudiera establecer otras Misiones el Colegio, en cumplimiento de su Instituto, cuyo glorioso fin se ha visto tan bien logrado: en el interminable trabajo, les bendecia el Señor sus hambres, fatigas y sudores, dándoles muchos Gentiles que sacaban de los breñales é iban agregando á la Mision, doctrinándoles con suavísimas instrucciones para el logro de sus almas, é imponiéndoles en el trabajo para su precisa subsistencia y la de sus hijos. De suerte que agregada aquella Mision á las veinte y nueve familias que se habian congregado de Tlaxcaltecas, logró el laborioso zelo de los dos Misioneros, que en aquellos desiertos fuese conocido y adorado de la barbarie gentilica el supremo Señor de Cielos y Tierra, y poblados de Españoles aquellos Reales de minas, tributaran al Rey Católico grandes caudales, que han aumentado su Real Erario, no siendo la menor parte del apostólico ministerio, la de administrar los Sacramentos á innumerable gente, y muchos Mercaderes, que la fama de la riqueza de aquellas minas, habia juntado en una gran Colonia.

Pero quando iban mas prósperos los adelantamientos espirituales y temporales de aquella nueva Mision, tuvieron los Venerables Padres que sacrificar al Señor en la ara de la obediencia su zelo, sus fatigas y su consuelo, porque recibieron mandato de su Superior Prelado para que entregaran la Mision al Ordinario, lo que hicieron con humilde rendimiento, aunque con inexplicable dolor de haber de desamparar aquellos Neófitos y Catecúmenos, que miraban como á hijos de su dolor, por haberlos engendrado en Christo Jesus por la predicacion de su Evangelio. No fueron desiguales en el Señor Obispo los

afectos, pues aunque les envió un escogido Párroco, bien conocia que no podian estar aquellas naciones tan radicadas en la Fe recibida, que no necesitasen de una continua doctrina y caridad apostólica para su perseverancia, y así fue, que desconociendo los Alasapas y demas Gentiles la voz

del Pastor que les gobernaba, dieron estampida, y como errantes ovejas, se dispersaron por aquellos montes, y se fueron á buscar sus antiguas madres. Habian asistido los Padres la dicha Mision mas de dos años, sin separarse desde que salieron del Colegio hasta este tiempo.

CAPÍTULO XI.

Prosigue el V. Padre Hidalgo en la conversion de los Infeles, y es elegido para la segunda entrada que se hizo á los Texas.

HABIA fundado el P. Fr. Damian Masanet la Mision de Santiago de la Calera, y habiendo de ir al reconocimiento de la Bahía del Espíritu Santo, dexó por su Ministro al P. Hidalgo, el que haciéndose cargo de aquella reciente Villa, trabajaba en todas sus vigilias, para que fructificara al Señor de ella: toda la eficacia de su genio y de su zelo era necesaria para instruir los Neófitos en la Doctrina Christiana, que les daba todos los dias á mañana y tarde, y para habituarles al trabajo y vida política, con que aumentarán su poblacion y sementeras, sin tener en su soledad mas consuelo que el trato continuo con Dios en la oracion y ejercicios espirituales que acostumbraba. Acabada la expedicion de la Bahía, fue necesario que el P. Masanet pasara al Colegio, prosiguiendo el P. Hidalgo en el cuidado de aquella Mision, y volviendo el dicho Padre con otros Religiosos el siguiente año de noventa y uno, para entrar segunda vez en la Provincia de Texas, y con facultad de elegir para ella los Religiosos que fuesen de su satisfaccion, eligió al P. Hidalgo, por la que tenia experimentada en las dos Misiones

que habia asistido, y para eso hizo que la Mision de Santiago se agregara á la de la Caldera, y efectivamente se les entregó á los Padres de la Provincia de Guadalupe.

Asorado de su ardiente zelo, no sentia el V. Padre las fatigas de tan dilatado, incómodo y peligroso camino, porque se consideraba en la posesion de un Apostolado, que concebía no podria padecer los quebrantos que en el antecedente habia padecido; y habiendo llegado al rio de San Marcos, hicieron alto para esperar el convoy del Gobernador y demas Comitiva; pero siendo mucha la tardanza, prosiguieron los Religiosos con algunos Soldados sus marchas, sintiendo las incomodidades de las lluvias, pantanos y crecientes de los rios hasta llegar á Texas: todos estos afanes, y otros mayores, sufría el V. Padre, con la esperanza de verse entre los Indios instruyéndoles en la Fe y dándoles el santo Bautismo.

Llegó el Gobernador, y embargado de otras importantes expediciones, no pudo detenerse á la fundacion de las ocho Misiones, porque para tanta Tropa, le faltaban los víveres necesarios; y habiendo nombrado al-

gunas, dexó aperos para las labores, y á los Indios les repartió ropa, cuchillos y otras quiniquilleras, y dexando para su conserva quince Soldados, tomó el camino á fuera: lo mismo hicieron algunos de los Religiosos, á quienes los infaustos sucesos de tan costosa jornada les hicieron caer de ánimo y volverse á sus Provincias. Solo la soberana Providencia no se engaña en sus disposiciones, porque remueve las cosas contrarias, y provee las conducentes futuras: sin esta prudente prevision, resultaron de las del Gobernador, el que la escolta de quince Soldados se reduxo á nueve mal disciplinados, sin respeto al Gefe, y tan insolentes, que todos los dias tenían los Padres quejas de los Indios, de los agravios que les hacian en sus hijas y mugeres: por ellos no respetaban á los Españoles, ni les tenían sujecion alguna á los Misioneros, y así, no les fue dable congregarlos en Pueblos, ni reducirlos al catequismo.

Tenian los Indios repartidas sus Rancherías en distancias de dos y tres leguas unas de otras, y el V. P. Hidalgo se contentaba, como los otros Misioneros, con no perder coyuntura para catequizar á los que venian todos los dias á verlos, para que quando cayeran enfermos, pudieran con ménos trabajo bautizarlos: no salió vana esta prevencion, pues el mismo año les asaltó una epidemia general que casi asoló la Provincia, y aunque dispersos por aquellos rancheages, les asistian á todos, pero no todos les dexaban igual consuelo, porque si era muy difícil arrancar la idolatria y pésimas costumbres de los corazones de los adultos, quedaban bien satisfechos con los muchísimos párvulos que murieron bautizados. En

esta inaccion del ministerio, y gravísimas indigencias hasta de alimentos, se mantenian los Misioneros, pero los nueve Soldados, desesperados de socorro, fatigados de la hambre, y atemorizados con la noticia de que venian los Franceses á apoderarse de la tierra, cada instante querian desamparar á los Religiosos, y les obligaron á que desampararan á aquellas gentes, hasta que puestos en cobro los sagrados Ornamentos, y enterradas las campanas y otras herramientas, se vieron precisados á salir con ellos el mes de Octubre del año de noventa y tres, derramando amargas lágrimas por dexar inculta aquella gran Viña, y con nuevos trabajos se restituyeron al Colegio.

Pero todas las virtudes son unos hábitos que le dan calidad y nobleza á la alma, segun el particular fin que cada una tiene, y á que encamina sus actos, porque estos los realza la recta intencion, que los dirige con superiores motivos, y por eso las crueles penalidades de tan largos caminos, la hambre, desnudez y duras mortificaciones que el varonil y zeloso ánimo del V. Padre padeció en esta expedicion, tan ruidosa como infausta, la tolerancia de las osadías de los Soldados y perfidias de los Indios, como tomadas sin otro fin ni interés que el de la mayor honra y gloria de Dios, y el de la conversion de aquellas bárbaras naciones, fueron efectos de una encendida caridad, cuyas luces procedian del alto resplandor de su objeto, que ennoblecian sus pasos, angustias y trabajos.

Por eso, aunque es verdad que en qualquiera ocupacion, lugar y tiempo es importantísima la oracion, por ser un blando sueño en que la alma repara sus fuerzas y se empeña en

servir al Señor con nuevos fervores, pero restituido al Colegio, desplegabá en ella el V. Padre mas de propósito las velas de la consideracion, y discurria por el mar de los divinos Misterios para renovar su espíritu, y se valia de la quietud y silencio de la noche, para ejercitarse despues de Maytines en los pasos del Via Crucis y otras mortificaciones penales; y aunque hasta el año de noventa y siete no hay documento que individúe lo que extraordinariamente trabajó en el ministerio, ese año, dice el V. P. Diez, le acompañó en la mision que hicieron en el Obispado de Puebla. Desde el año de ochenta y quatro, que en él habian predicado en varios Pueblos, llegaron á Atrisco, con la intencion de entrar á la tierra caliente; pero desde allí se revolvieron por órden del Prelado, obedeciendo con harto dolor de dexar aquellas tierras privadas de tan importante beneficio.

Para que este fuera mas completo, salieron desde el Colegio con ese destino, y penetrando aquellos ingratos climas, toleraban gustosos sus penosas plagas, por instruir en los Misterios de la Fe, preceptos de Dios y de la Iglesia, á los infelices que los habitan, pues hay parages en que es necesario hacerles ver que son hombres para separarles de sus brutales costumbres, y que son Christianos para enseñarles lo que deben creer, y el modo de limpiar sus almas por medio de los santos Sacramentos; porque el intolerable calor de la tierra, el atesado color de sus moradores, los trabajos de los Trapiches, y sus desenfrenados vicios, hacen dudar ó temer si está uno en los Infernos, viendo tan viva representacion de ellos; pero la caridad apostólica, con la predicacion y el uso de los santos

Sacramentos, sabe convertirlos en Cie-
los, con la expiacion de los pecados,
y las alabanzas que se les imponen
para que invoquen el santo nombre
de Dios en todos sus trabajos.

Vuelto el V. Padre al Colegio, conocia bien su V. Prelado el V. P. Fr. Antonio Margil, la idoneidad que en él habia para enviarle entre los Infieles; y no teniendo en ese tiempo el Colegio Mision alguna de ellos, le eligió para fundar una en el Nuevo Reyno de Leon. Habia el Gobernador de él comunicado al P. Fr. Diego de Salazar la intencion que tenia de poner una Mision en la Punta, y que si se determinaba á fundarla por el Colegio, le ayudaria todo lo posible, y participándolo al V. Guardian, no solo aceptó favor tan de su zelo, sino que le determinó pasase en compañía del P. Hidalgo á ejecutarlo. Empeñaron los dos su largo camino, sin mas prevencion que la confianza que tenían en la divina Providencia, y llegando á Monterrey, manifestaron las Patentes de los Prelados, y sus propios designios de partir á propagar la Fe en las tierras de Infieles que el Gobernador les señalara; y aunque ya no lo era el que habia hecho la propuesta, su sucesor les recibió con christiana voluntad, y siguiendo tan santas intenciones, les dió los despachos necesarios para que con autoridad Real se les diera la posesion del parage que llaman el Ojo de Agua de la Punta.

Todo se efectuó con eficacia, con lo que los Misioneros vieron cumplidos sus deseos, y al punto pusieron toda actividad en ganar las voluntades de los Indios, y congregarlos en Pueblos; y formando su Iglesia, la dedicaron á nuestra Señora con el título de sus Dolores: cooperaban á todo, la

devocion y el fomento del Gobernador y otras personas caritativas, y en el siguiente año de noventa y nueve, estaban ya los Indios congregados en Pueblo, y corrientes en el Catecismo y Doctrina Christiana, á que asistían por mañana y tarde todos los dias. Era esta mucha prosperidad para que el enemigo de las almas pudiera sufrirla sin perturbar los ánimos y sobresembrar zizaña para que no fructificara la evangélica semilla en tan bien dispuesta sementera; pero todas sus astucias quedaron sofocadas, y dímidas las contenciones que habia suscitado contra los Misioneros, con los órdenes de los Superiores. Pasó el P. Salazar el rio de Sabinas, y hallando en él muchos Gentiles, fundó otra Mision con el título de San Juan Bautista, en el parage que llaman Camino de Francia. Para radicarla en la Fe y Doctrina Christiana, se la entregó al P. Hidalgo: gran cosa es tener ocasion de exercitar una virtud que la perfeccion todas, y como la paciencia es la que sazona las flores con que en el jardin de la perfeccion se coronan las demas virtudes, la exercitaba el V. Padre con aquellos Indios montaraces con tan prudente modo, que quando les quitaba la libertad para volverse á los montes, les dexaba agradecidos, y sin reparar ellos que sus caricias eran cadenas, le amaban, y se le domesticaban con acciones muy familiares. Fue esta discreta máxima tan importante, que la perseverancia de los Indios dió fundamento para que informado de ella el V. P. Esteyez, que se hallaba en Madrid, pudiera represenarla al Invierto Monarca el Señor Felipe V. y en su vista, dió su Real Cédula, en que confirmó la fundacion de las dos Misiones, y dió facultad para fundar quan-

tas fueran necesarias, mandando á los Gobernadores, que patrocinen, defiendan y den ayuda á los Religiosos del Colegio que procuran el adelantamiento de las Misiones de Gentiles por aquel rumbo.

Animado el P. Salazar con tan soberano auxilio, buscaba la mayor comodidad para dar fixo establecimiento á las Misiones, y explorando las orillas del Rio-Grande del Norte, que no estaba muy léjos, halló en ellas bastantes Gentiles, y todas las comodidades necesarias para establecer con mas de quinientos Indios tres Misiones, por lo que trasladando la de Sabinas, puso la primera con el mismo título de San Juan Bautista, y con su propio Ministro el P. Hidalgo. Comenzó este con su infatigable actividad á dar forma para hacer la Iglesia, y la vivienda para los Padres, á lo que concurrían los Indios con gusto y mucho espiritual provecho, por el teson con que á todas horas les instruía en los Misterios del Christianismo, y en el modo de creer y obrar que debe observar el buen Christiano.

Habia tolerado el V. Padre con religiosa constancia desde el Enero del año de setecientos, las imponderables necesidades, molestias y trabajos que solo los experimentados saben se padecen en las nuevas Misiones; y quando ya tenia hecha la Iglesia, vivienda y otras piezas, aunque pagizas, abiertas las labores para las siembras, y proporcionadas otras comodidades para lograr algun descanso, lo puso la Providencia en otra especie de trabajo, que quanto era mas distante del que tenia entre manos, era preciso que le fuera mas oneroso. Este fue el que celebrando por Noviembre del mismo año el Colegio su Capitulo Guardianal, le eligió, con la

mayor parte de los votos, y fue confirmado su Prelado. Incontinenti le remitieron la Patente al Rio-Grande, y tardó en venir hasta treinta y uno de Enero del siguiente año. En él acababa su gobierno el V. P. Fr. Antonio Margil, y habiendo sido todo de Dios, pues continuamente le suplicaba á su Magestad que fuera el único Prelado del Seminario, y él solo un mero instrumento para manifestar su santísima voluntad á sus Súbditos, no quiso alterar en nada tan acertada conducta, y para proseguirla, eligió por Vicario, con el R. y V. Discretorio, al mismo V. Padre, para que no hubiera novedad alguna.

Era todo el objeto de sus atenciones, el fomento y estabilidad de las Conversiones nuevas, y así, promovió quanto pudo sus mayores aumentos. Habia ido desde el rio-Grande á Cohaguila en ocasion de la visita del Illmo. Señor Obispo de Guadalaxara Don Fr. Felipe Galindo, para conferir con S. I. los medios mas oportunos para la conservacion de las Misiones, y determinando S. I. se consultaran en una particular Junta que se hizo en la Mision de la Punta, compuesta de los Gobernadores y Misioneros, se resolvió, que solo se podria conseguir, poniendo un Presidio en la Mision de San Juan Bautista, y se determinó pasase con esta consulta á México el P. Fr. Antonio Olivares, y con la bendicion y licencia del nuevo Guardian, lo executó con feliz éxito, pues se determinó en Junta general de Guerra, se pusiese el Presidio de rio-Grande con treinta hombres, juntamente con dos años de Almacenes para socorro de los Indios, y aperse para sus labranzas, y con tan favorables providencias, envió el V. Padre otros dos zelosos Ministros, y se fun-

dó la Mision de S. Francisco Solano.

Eran ya quatro las Misiones, y aunque el Colegio habia socorrido á los Ministros con Cera, Vino, Chocolate y Vestuario; pero siendo ya tantos, no podia hacerlo en lo mucho que necesitaban, ni las limosnas que pedia un Religioso para estas necesidades eran suficientes, por estar muy distantes las poblaciones de Españoles, por lo que el V. Padre representó al Señor Virrey estas urgencias que precisaban al socorro, para la permanencia de los Indios, que sin él no podia evitarse el que se fuesen á los montes para buscar alimentos, por estar inútiles las herramientas de las labores, y en atencion á esta súplica, concedió S. E. en Junta general, quatrocientos y cincuenta pesos de sínodo para cada Religioso, asignando la tercera parte para el culto divino, otra para las necesidades del Misionero, y la otra para las de los Indios.

Pero es la vida de un Prelado que desea cumplir con sus obligaciones, un perpetuo hervidero de cuidados y yunque de fatigas, que le dispierta por instantes con nuevos golpes: por eso si el V. Padre ponía todo el desvelo de su religiosa solicitud en levantar Templos y mantener Ministros que diesen al Señor honra, veneracion y culto en el centro de la Infidelidad, con igual zelo lo aplicaba á la decencia y decoro del Templo del Colegio, como fortaleza que levantada sobre una firmísima piedra, siempre ha servido para defender las almas contra el Príncipe de las tinieblas, y en el segundo año de su Guardiania, se celebró con toda solemnidad la dedicacion de su Iglesia, renovada y aumentada con el Crucero, á expensas del Señor Comisario de Corte y Cruzada, el Br. Don Juan Caba-

llero y Ocio.

Con el mismo esmero, y zelo de la honra de Dios, enviaba por todas partes Misioneros, que anunciando la paz á los pecadores, les convirtieran á verdadera penitencia, deserrando del tirano imperio del Demonio, y de las duras prisiones del pecado. Así entraron los Predicadores Apostólicos el año de setecientos y dos en la N. C. de Zacatecas; y renovando aquellos generosos Ciudadanos los deseos que diez y seis años antes habian concebido, de que fundasen en ella un Colegio, no permitieron que está vez quedasen defraudados, y por sus piadosas instancias, se puso el Hospicio de nuestra Señora de Guadalupe, haciendo donacion á los Religiosos, de la Iglesia y Santuario, los Señores Curas Beneficiados á cuyo cargo estaba, y del sitio competente para el Convento, la N. C. y ofreciendo los Señores Mineros concurrir con limosnas para la fábrica y sustento de los Misioneros. Con tan fundados principios, pasó allá el R. P. Comisario de Misiones, y practicadas las debidas diligencias, nombró Procurador para la Corte de Madrid, y se logró que en el dia tenga

tan célebre Ciudad un Seminario tan útil para los Católicos y Gentiles.

Nada obraba el V. Padre por atención á sí mismo, contento solo con tomar para sí la gloria de que todo se dirigiera á la de Dios, y por eso su intencion era en todo muy limpia de pasiones, y mucho mas de torcidas intenciones; ni miraba en su gobierno más que el servicio y agrado del Señor, sin ladearse á otros respetos caducos, y como Caudillo de la Milicia de Christo, incitaba con su exemplo á todos sus Súbditos á disponerse con la feroyosa oracion y observancia de la Regla y Constituciones Apostólicas, para ir por el Universo Mundo predicando el Evangelio á toda criatura. Bien informado de tan apreciables qualidades estaba el Rmó. P. Comisario General de Indias Fr. Lucas Alvarez de Toledo, quando de Madrid le escribió: «Doy á V. P. repetidos agradecimientos y gracias por su acertado gobierno en el tiempo de Prelado de nuestro Seminario de Santa Cruz de Querétaro, de que quedo agradecido, y con deseos de atender á V. P. en quanto se le ofreciere, no solo en lo temporal, sino en lo espiritual.»

CAPÍTULO XII.

Constante zelo con que el V. Padre empleó lo restante de su vida en la conversion de Infeles hasta su muerte.

DE las espinas de los trabajos, y abrojos de las dificultades, hace el zelo apostólico nacer flores de esperanzas, riega con el sudor los laureles, y de una victoria, forma plantel que le empeñe á conseguir otras muchas, causando con sus desvelos grande temor al Infierno; ya

el V. Padre habia experimentado las graves necesidades, congojas y pesadumbres que, en un perpetuo combate agitan el alma y las fuerzas naturales á los Ministros de las nuevas Conversiones; pero tambien habia gustado los espirituales alientos y consuelos del espíritu que se sienten en ellos

quando se ven logrados los trabajos, y al olor de estos preciosos aromas, ni dos meses pudo estar en el Colegio despues que acabó la Guardiania, pues habiendo sido el Capitulo por Octubre, en el mismo año de setecientos y tres, dice el P. Espinosa, se trasladó al Valle de San Ildefonso la Mision de San Francisco Solano, que habia fundado el V. Padre en el rio de Sabinas, y se habia pasado al grande, hallándose en dicho parage el P. Olivares y el P. Hidalgo con pocos Indios Xarames, por haberse ausentado los otros del Pueblo.

Reconocieron que por aquellas cercanias habia multitud de Gentiles, y de varias naciones fueron atrayendo hasta quatrocientas personas, que mantuvieron la doctrina y sujecion hasta el año de setecientos y ocho, en que las hostilidades de los Indios Tobosos, que dos leguas de la Mision mataron ocho Indios Christianos, y se llevaron cautivas dos criaturas, les hicieron desampararla; y retirando el V. Padre los Ornamentos sagrados á la Mision de San Juan Bautista, dexó un Donado muy exemplar, que cada dia cuidaba de que no faltase la Doctrina Christiana en los pocos que habian quedado, y él fue muchas veces á decirles Misa, instruirles, bautizar párvulos ó enfermos, costándole treinta y dos leguas de jornada esta piadosa diligencia, y al cabo del año vino de México el P. Olivares, con la providencia de trasladar la Mision al rio de San Antonio, donde ha dado muy copiosos frutos.

Pero no habiendo ninguna prenda mas propia de un Misionero Apostólico que un corazon generoso y magnánimo, que por hacer la causa de Dios venza los peligros, y se oponga con valor á las resistencias, fueron mu-

chas y muy graves las que tuvo que sufrir el V. Padre por esa causa, pues sin temor de los peligros, tuvo hasta el fin de su vida la mas acrisolada constancia para promover la conversion de las naciones de los Texas. Habia sido su Misionero el año de seiscientos noventa y uno en la Mision de N. P. San Francisco, y nacion de los Asinai; y visitando las muchas Rancherías que hay por mas de cincuenta leguas hasta los Codadachos, y visto por otros rumbos innumerables Gentiles, siempre quedaba su alma con un extremado dolor de ver las muchísimas que cultivadas por la doctrina de la Iglesia pudieran ser miembros suyos y dar á Dios mucha gloria.

Fomentaba este zelo la docilidad genial de aquellos Indios, y sobre todo, tenia impresas en su corazon las tiernas expresiones del Capitan del Pueblo de su Mision, que viendo que los Misioneros despoblaban la tierra, le requería al V. Padre, diciendo: «Padre, ¿por qué nos desamparas? ¿Qué agravio te he hecho yo y mi gente? ¿No te hemos servido fielmente en todo lo que se ha ofrecido? ¿Todos los años no te hemos hecho tu sementera? ¿Para todo lo que has habido menester á los Indios, no los has hallado asistentes?» A estos cargos, dice el V. Padre, les respondió: «esta accion no pende de mí, sino de mi Compañero que es el mayor: él se vá por las razones que tiene, y yo no puedo quedarme solo. Con todo, le instó el Capitan, pues si quieres quedarte, aunque ya está todo quemado y despoblado, te doy palabra de hacerte vivienda, é Iglesia donde digas Misa, y rezaremos, sin faltar, todos los dias, los de mi casa y familia.» A esto le dixo el Padre:

«¿Y por qué tú y tu familia, y no todos los Indios?» Y le respondió: «¿Qué ignoras, Padre, la desigualdad que hay en esta gente? ¿No tienes experiencia de que en este punto son muy voluntariosos? Pero en las diligencias, te doy palabra de no ser corto.»

«Al mismo tiempo concurría la omnipotencia en la reduccion de aquellas almas, pues padeciendo en sus siembras una dilatada seca que tenía ya casi perdidas sus milpas, ocurrieron á su Chenesi ó Sacerdote fingido, y él les vendió el milagro tan caro, que les pidió todas las alhajitas de sus casas, y que rogaría á Dios, y llovería tal dia: los miserables se despojaron de sus utensilios, pero llegado el dia, ni esperanza hubo de que lloviera. Fueron afligidos á la Mision, pidiendo á los Padres que rogaran á Dios que lloviera, y prometiéndole que si llovía se sujetarían á la doctrina y obediencia. Los Padres, llenos de Fe y confianza, comenzaron un novenario al glorioso San Antonio, y fue el favor tan pronto, que diciéndoles los Padres que al siguiente dia llovería, se verificó con tan abundantes lluvias, que se lograron reabundantes las cosechas. Otros portentos, dice el V. Padre, y de mas admiración obró Dios en aquel tiempo, para la confirmacion de su Evangelio y santa Fe, y fuera de estos sucesos, reconocimos bastantes demostraciones de llanto y sentimiento en aquel Pueblo, y hasta los Soldados tocaron la experiencia del amor y cariño con que los Indios les asistieron y sirvieron, y la mucha docilidad de sus naturales, y buena política con que viven.»

Mas que incentivos, eran rayos

todos estos motivos para violentar los incendios de un amor apostólico y de un ardiente zelo, porque si este es una viva llama que con alas de actividad constante conserva al Misionero en perpetua accion, y le alienta el ánimo á emprender lo mas difícil, porque la misma arduidad se lo representa mas glorioso, no sería extraño que estando el corazon del V. Padre penetrado de ese luminoso fuego, y prendado de las buenas disposiciones que en aquellos Gentiles conocia para recibir la Fe Católica, emprendiera su conversion, ya que tanto se dificultaba por los medios regulares de una terrenal conquista, por otros acaso mas eficaces, aunque la prudencia humana los reputara por incongruas sencilleces.

Es cierto que aquel campo de Grecia que llamaban de la verdad, y en que solo tenían entrada la sencillez, la honra y la inocencia, ó lo taló á fuego la ira, ó se lo tragó la tierra; pero todavía en el candor del genio del V. Padre, se transparentaba la inocencia, porque estaba muy ageno de los dobleces de la malicia, se traslucía la honra, porque solo miraba á la de Dios, y relucía la sencillez, porque solo trataba con la verdad; y teniendo su lengua atada al corazon; nunca supo fingir en las palabras lo contrario de lo que en él tenía. Con esta ingenuidad y lisura, siendo Prelado del Colegio, y debiendo proponer al Rey los medios mas oportunos para el cumplimiento del Instituto Apostólico, dirigió á S. M. un dilatado informe sobre la conquista espiritual y temporal de aquellas Provincias: puesto en las manos del Rmô. P. Comisario General de Indias, le dice: «En orden al informe para S. M. para el fomento de las Misiones

de Texas; no me ha parecido conveniente entrar por ahora en esta pretension, por quanto S. M., que Dios guarde, se halla con la ocupacion de las guerras.» Pocas esperanzas tenia el V. Padre quatro años después de remitido dicho informe de que tuviera efecto, y mas quando las revoluciones de la Corte podian haberlo descaminado; por eso pensando darle nuevo y mas eficaz giro, hizo otro informe al Señor Virrey, que con consulta de la Real Junta, produjo un Decreto de diez y ocho de Agosto del año de setecientos y ocho, en el que S. E. le dá permiso al P. Fr. Francisco Hidalgo para pasar á las Conversiones de los Indios Infieles Texas. Pero visto en el Discretorio, no pudo tener efecto, acaso entre otros inconvenientes, porque el nombre de Texas se habia hecho tan odioso á los Religiosos, que ni querian pronunciarlo, pues les habian hecho exorbitantes cargos de los gastos hechos en la antecedente entrada, quando no habian tenido sino imponderables trabajos, hambres y miserias: Con todo, fue este para la humildad del V. Padre un golpe tan ruidoso, que en todas partes sonó su fino rendimiento. No por eso se entibiaban los fogosos anhelos con que solicitaba la conquista espiritual de aquellos Indios, y fatigado de dia y de noche en buscar medios que la promovieran, recogía ya de los Autores Regnicolas, ya de varios viajeros, quantas noticias podia de aquellas, y de otras dilatadas é incógnitas Provincias, de que dexó muchos Quadernos escritos, y muchas Cartas dirigidas á personas del mayor respeto y facultades, exhortándolas á tan heroica empresa. Ni menos desatendia los progresos espirituales y temporales de su Mis-

sion de San Juan Bautista; pues el año de diez, que le envió al Padre Prefecto de las Misiones las listas con que se dá cuenta á la Sagrada Congregacion de Propaganda Fide de los frutos de ellas, se hallan haberse bautizado solemnemente y en necesidad trescientas diez y ocho personas, casado *in facie Ecclesie* cincuenta y quatro, y sepultado ciento y setenta y dos; y prosiguiendo otros dos años en su apostólico ministerio, se retiró á su santo Colegio.

Gozoso en la quietud de su celda, y en la tranquilidad de su alma, le resultó el año de catorce una nueva perturbacion de ánimo, que fue efecto de su zelo, y del amor que á los Indios Texas les habia tenido: pues en la consideracion que años antes habia hecho de las muchas almas que se pierden por las continuas guerras que aquellas Naciones se hacen unas á otras, y que estas no son poco impedimento para su conquista, les habia escrito á los Reverendos Padres Misioneros Franceses del territorio del rio de la Palizada una Carta en idioma Español, suplicándoles, que empeñasen su zelo en la pacificacion de las Naciones circunvecinas de los Asinais, para que así se pudiera efectuar su reduccion en mayor honra y gloria de Dios; pero pasado un año sin respuesta, escribió otra en latin, por dudar si por esta causa se frustraria la primera, á los Señores Franceses seculares, con la misma súplica, y tuvo esta tan efectivo suceso, que estimada con aprecio del Capitan General Gobernador de la Lusiana, no obstante haber pasado algun tiempo de su fecha, envió al Capitan Luis de San Dionis con veinte y cinco Soldados, y órdenes para que se efectuasen las paces.

Llegaron á los Asináis y preguntándoles, si querian se les pusiese Mision, respondieron, que para ese fin estaban esperando al Padre Hidalgo, y que como ya habia estado con ellos, no podian dexar de verlo primero; que si querian acompañarlos para defenderlos de sus enemigos, vendrian á buscarlo. Tuvo el dicho Capitan la bondad de condescender á su ruego, y con tres Franceses y quatro Indios vino padeciendo increíbles trabajos hasta el Presidio de San Juan Bautista del Rio-Grande: allí los recibió el Capitan con agrado, y dió cuenta al Señor Virrey, en tono de que el Padre Hidalgo habia pedido auxilio de armas á los Franceses: pero como todo lo obraba el V. Padre por las leyes de la recítu y verdad, luego que recibió las Cartas del Capitan Dionis, se las remitió al Superior General, para que se le diera cuenta al Señor Virrey: y en Carta le expuso á S. E. la sinceridad de las intenciones con que habia procedido: cuyas razones dexaron al Señor Virrey del todo satisfecho, pero no indultado al V. Padre de muchas mortificaciones en su ánimo, y mas viendo todos sus designios frustrados, á costa de los trabajos que padecieron los Franceses y los Indios.

Estos se volvieron á sus tierras; pero Dionis, estando desnudo y falto de todas las cosas necesarias para su regreso, se quedó en el Presidio hasta el siguiente año de quince, en que llegaron á él otros dos Franceses que venian de la Movilla con el pretexto de buscar ganados y bastimentos; por lo que el Capitan los remitió á todos á México. El Señor Virrey convocó Junta General, y por lo que en ella especularon sobre la venida de Dionis, que declaró

haber sido en busca del Padre Hidalgo, que pedian los Indios Asináis por su Ministro, se resolvió en ella, y pidió el Señor Fiscal dar las providencias mas eficaces y convenientes para evitar la introduccion de los Franceses y su comercio en los Dominios de S. M. Católica, con que luego pasasen á la Provincia de los Texas algunos Religiosos del Colegio á fundar Misiones, resguardados de veinte y cinco Soldados con un Cabo: y como Dionis llevaba en su persona aquel carácter que naturalmente distingue á los hombres de bien, y no dexa dudar de su verdad, lo nombró S. E. por conductor de víveres, y le asignó quinientos pesos de sueldo.

En vista del orden y encargo del Señor Virrey, el Padre Guardian hizo á la Comunidad una exhortacion, para que se animaran á ir á tan gloriosa empresa, y los que se hallaran movidos se presentaron. Para elegir los que habian de ocuparse en ella, muchos se ofrecieron, pero el primero que se juzgó mas apropósito, fue el Padre Hidalgo, así porque reconocian todos su idoneidad y mérito, como por el que habia contraido en ser el que con tantos anhelos y pesares habia solicitado la conversion de los Texas. Por Enero del año de diez y seis, salieron los Misioneros del Colegio, empezando desde luego á sentir las penurias de su evangélica pobreza, hasta juntarse en el Rio-Grande con toda la comitiva que iba á Texas, á donde llegaron el dia veinte y siete de Junio, y habiendo salido á recibirlos los Capitanes y principales de los Indios, se dió principio al restablecimiento de las Misiones por la de nuestro Padre San Francisco, que habia fundado el V. Padre el año de noventa.

Quien ignorare las calidades de aquellos Indios, pensará que estando ya el Venerable Padre en posesion de sus deseos, y ellos en la del Ministro que habian solicitado, estarian todos gustosos y arreglados el catequismo, y el órden racional y político de un Pueblo; pero todo era al contrario: porque estando aquellos Indios conaturalizados á su libertad gentilica, y á darles satisfaccion á sus pasiones y apetitos, sin mas cuidado que su frugal subsistencia, nunca fue posible reducirlos á Pueblos y Doctrinas. Consiste esta imposibilidad en la ineficacia de las providencias con que se ha intentado su conquista; pues no han sido dirigidas á moderar su libertad licenciosa en el comercio con la Nueva Francia; pues á mas de que allí no se les habla nada de la Doctrina Christiana, se les franquea el comercio de quanto ellos apetecen para sus vicios: de forma, que una libertad pagana, apoyada de otra no ménos libertina, y que les franqueaba lo necesario, obligaba á los Indios á oír de mala gana las Leyes del Christianismo, y á andar siempre vagantes por los campos; porque en ellos solo podian hallar la moneda con que comprar los fusiles, la pólvora y balas, que son las pieles que adquieren por la caza, y en que consiste todo su comercio para aviar sus familias: esta es la causa porque no pueden ni aun los de una misma nacion vivir juntos, ni en unos mismos sitios, pues todo el año ván remudando varios, segun se proporciona el tiempo de la síbola, de los venados, ú otros animales: y esto los hace remontarse muy léjos.

Estos son los inexpugnables impedimentos para poder congregarlos en Pueblos, y extrañar demasiado la especie de trabajo y cultivo de las

labores que les coje de nuevo, y hace retirarse á los montes: dificultad que siempre les ha hecho á los Gefes Españoles huírle el cuerpo, y no querer hacerse de ella cargo, descargándola toda sobre los Misioneros; y como en sus entradas les repartian los Gobernadores ropa, tabaco y otras cosas, los Indios los recibian con muchas demostraciones de amor y de obediencia, y estas se actuaban como hazañas de sus conquistas; pero en saliendo de la Provincia quedaban las Misiones desamparadas de las armas, y llenas de miserias, y los Indios se retiraban á sus acostumbradas correrias: así se frustraban todas las diligencias y trabajos de los Misioneros; pues no teniendo que darles, tampoco podian hablarles, porque ellos no entienden mas idioma que el de las dádivas, y desde el principio de esta entrada se vieron precisados á trabajar personalmente sus Iglesias y viviendas, aunque pagizas, y á cacerer hasta de los comunes alimentos, ni tener otro refugio para mantener las vidas que las yerbas del campo. Casi dos años estuvieron padeciendo los Misioneros cruélsimas lacerias, pues habiendo sido en ellos muy escasas las cosechas de los Indios, de quienes solian conseguir un poco de maiz ó frixol, padecian sin arbitrio ni consuelo alguno.

No obstante tan duros trabajos, como el V. Padre estaba medianamente instruido en el idioma mas comun de aquellos Indios, visitaba continuamente sus Rancherías, repartidas por algunas leguas, y con el afán de ir incomodado de unas penosas y largas enfermas, por ver si habia en ellas enfermos, á los que catequizaba para poder bautizarlos, y de los que logró muchos; pero con mucho mas

consuelo muchísimos párbulos, especialmente en las epidemias que por sus desórdenes padecen casi todos los años.

Era inalterable la paciencia con que sufría sus molestias, deslealtades y perfidias, sin que todo el torrente de ellas pudiera entibiar su caridad, para disimularlas. Le habían dado al V. Padre Margil, el año de diez y siete, la noticia de que los Franceses determinaban poblar las tierras de los Cododachos, que distaban cincuenta leguas de las Misiones: y para preocuparles el puesto, se determinó que fuese luego un Misionero y pusiese una Mision, para lo que se ofreció el Padre Hidalgo, y estando todo dispuesto, quando el Capitan y demás comitiva iba á montar á caballo, los Indios que habian de ir de guías, se escondieron y frustraron el viage determinado.

Veía con sumo dolor el V. Padre, que en dicho Cododachos tenían los Franceses establecido ya un Presidio de cien hombres, con muchos pertrechos de guerra, y que en Nachitós esperaban cada día la Tropa, para despojar de todas aquellas posesiones á España, quando ésta no tenía en su defensa veinte Soldados, y que en este caso se perdía igualmente la conversion de tan innumerables almas; y no esperando providencias que pudieran impedir tan gravísimos daños, se esforzaba su espíritu escribiendo Cartas á las personas del mayor carácter y facultades, para que se animaran á defender tan justificada causa, y conservar una Provincia que era la puerta de otras, en que se podian hacer gloriosas conquistas, lo que intentó persuadir á un poderoso Señor, haciéndole descripción de todas las tierras internas y sus naciones,

y desahogando su ánimo con decirle: «Aquí pudiera referir á V. S. quantas diligencias me ha costado esta conquista: mas de veinte y cinco años me ha costado de solicitud, y si hubieran estado confederados los designios de los Españoles con los míos, ya toda la tierra estuviera conquistada: pero todo ese tiempo ha sido mi dolor continuo.»

Esto mismo confirma el Padre Cronista Espinosa, diciendo: «En todos los años siguientes estuvo haciendo instancias el R. P. Fr. Francisco Hidalgo para volver con Ministros á los Texas: y para poder lograr su christiano zelo, hizo un dilatado informe á S. M. en su Consejo Real de Indias: en estas partes no dexó piedra por mover, así con el Señor Virrey Duque de Alburquerque, como con sus Prelados Superiores; pero nunca pudo lograr sus designios por las muchas contradicciones y dificultades que se le ofrecían aun entre los mismos dominésticos.» Pero el corazon del V. Padre solo se movía por el espíritu del Evangelio, que es el que anima el Instituto, y en los esforzados alientos de su zelo, las mismas sinrazones que habian de desmayarlo, labraban la corona á su mérito; pues los golpes que en las batallas sacaban los escudos, eran los que coronaban á los Romanos en sus triunfos.

El mismo mes de Junio que firmó la citada Carta, se rompieron las paces entre España y Francia, y antes de publicarse la guerra, hostilizó el Comandante de Nachitós la Mision de San Miguel de los Adais, asaltándola con su Tropa, y saqueándola con avaricia, pues cargó con los ornamentos sagrados y todo el adorno de la Iglesia, y con quanto le pareció

útil, sin perdonar ni aun á las gallinas, que llevándolas represarias, con un Religioso Lego y un Soldado, en el camino armaron una ruidosa resistencia, con la que asorado el caballo dió con Mr. en tierra, y acudiendo á socorrerlo sus Soldados, pudo el Religioso entrarse en el monte y volversele chaparro: á toda diligencia llegó á la Mision del V. Padre Margil, á quien informó de todo, y con el mismo dió el V. Padre aviso á todos los Misioneros, para que pusiesen en cobro los ornamentos y demás cosas que se pudieran.

El Capitan cayó de ánimo con los pocos desnudos y desamparados Soldados que tenía á su mando, y con el clamor de las mugeres que pedian con instancia que las dexaran salir de la tierra: todo era confusion, desorden y lamentos; porque no teniendo fuerzas para impedir el que si venian cien hombres armados, que los Franceses amigos avisaron se estaban esperando en Nochitós para echar de la Provincia á los Españoles, sin remedio los harian á todos prisioneros; y así no meditaba mas que en la retirada: fueron muchos los debates en que los Misioneros la repugnaban por entonces; pero el Capitan no hallaba otro remedio, y se fue practicando con tantas incomodidades y penurias como demoras, hasta llegar á San Antonio: no tenía esta Mision vivienda para todos los Religiosos, y les fue preciso hacer cada uno su choza pagiza, en que estuvieron hasta el mes de Marzo del año de veinte y uno, que entró el Marqués de Aguayo con los Misioneros para la restauracion de los Texas.

No hay documento alguno de donde inferir que el V. Padre Hidalgo hubiese entrado al dicho restablecimiento, ni quando volviese á salir

á la Mision de San Antonio; pero si hay original una peticion proveída el día veinte de Marzo del año de veinte y cinco, en que el V. Padre y el H. Fr. Francisco Bustamante, Layco, le piden al P. Presidente-Fr. Gabriel de Vergara su bendicion y licencia para entrar apostólicamente á ajustar las paces con los Apaches. Estas las habia intentado el P. Fr. Joseph Gonzalez dos años ántes, al ver los gravísimos daños que esta indomita-nacion causaba en las Misiones; y aunque el Capitan del Presidio y los Soldados llevaban muy á mal sus diligencias, y le habian costado muchos oprobrios, baldones y desprecios; pero por medio de una India cautiva habia conseguido que vinieran quatro de ellos, y les trató de la amistad que se deseaba; pero como no eran suficientes para asegurarla á nombre de toda la nacion, que es grandísima, no pudieron conseguir que los de otras Rancherías no prosiguieran sus crueles hostilidades.

Faltó entonces el fomento que los Españoles podian darle á tan buenos principios, y después no quisieron coadjuvar á otros medios conformes á los fines de los Misioneros; y penetrado de dolor el corazon del V. Padre Hidalgo al ver las repetidas y desgraciadas muertes que sucedian por esta guerra, con evidente perdicion de muchas almas, se hacia cargo de que el Instituto Apostólico tiene por fin la propagacion de la Fe en las naciones bárbaras, y que la imposibilidad de predicarla á los Apaches, consistia en la escolta de Soldados para resguardo de las vidas de los Misioneros, que no se le habia de dar por el Capitan; y por eso podia licencia para ir apostólicamente á su espiritual conquista. Pero era su humildad ver-

dadera, y por eso no queria que en esta empresa respirase su espíritu por su voluntad propia, sino por dictámen del que tenia por Prelado, pidiéndole que examinase su vocacion, y si no fuera como manda N. P. S. Francisco, dispusiera en ella como Prelado; pues sus intentos eran propagar la Santa Fe, y ver si por medio de esta entrada, se conseguia la paz y quietud de aquellas fronteras, que se hallaban tan acosijadas de las naciones bárbaras, pero con resignacion en la voluntad de Dios y del Prelado.

El P. Presidente respondió que conocia bien, por la pet. con, el ardiente zelo de la honra y gloria de Dios, y salvacion de las almas redimidas con su preciosa Sangre, que ardia en el christiano pecho del Padre Hidalgo y de su Compañero, ofreciendo espontaneamente sus vidas y conveniencias religiosas por la salvacion de las almas; pero que siendo extraordinaria, lo era tambien fuera de su jurisdiccion el dar tal licencia, y así que pasara al Guardian del Colegio para que la determinara. Ni por esta via pudiera tampoco conseguirla; pues aunque es cierto que en la primitiva Iglesia, y en las primeras conquistas espirituales de estos Reynos, se vieron muchas veces regados los rediles con la sangre de sus Pastores, y enriquecido el Cielo de valerosos espíritus que ofrecian voluntariamente sus vidas al cuchillo por defensa de su gahado, y que estos gloriosos triunfos los ha visto tambien este Apostólico Colegio en muchos de sus hijos, y espera verlos siempre que se ofrezcan lances en que Dios quiera premiar su zelo; pero tambien desea que este sea segun la ciencia

y reglas del Evangelio, contentándose sus Misioneros con el cumplimiento de las obligaciones de su cargo, en cuya tolerancia tienen tanto que padecer, que pueden competir con los mas esforzados Mártires: pues estos dieron una vez por su Redentor la vida, y ellos mueren innumerables veces por sus ovejas, preparados siempre entre evidentes peligros á derramar su sangre por ellas.

Hallábase ya el V. Padre anciano, y oprimido de penosos accidentes, y consultando solo á la robustez de su espíritu, emprendia con mayor valor hazañas gloriosas, obligándolo el amoroso zelo que le tenia al Instituto Apostólico, á entrarse por las puertas de los peligros, prefiriendo la esperanza de pacificar aquellos bárbaros, y sujetarlos á las sagradas Leyes del Evangelio, á su propia vida y religiosas conveniencias. Eran estas llamaradas de aquellas lámparas que siempre tuvo en las obras encendidas, y no oscuros indicios de la cercania de su muerte: pues pasando ya muy agravado al siguiente año á la Mision de San Juan Bautista del Rio-Grande, en el mes de Septiembre del año de setecientos veinte y seis, entregó su alma al Señor, á los sesenta y siete años de su edad, cincuenta y dos de Religión, y quadenta y tres de Misionero Apostólico; cuyo constante y fervoroso zelo, adornado con el candor de su trato, con la humildad de su genio, con la mortificacion de su vida, y con el rendimiento de su obediencia, llevaba las armas auxiliares que daban nuevos bríos al Evangelio, y le aseguraban á los clarines de su predicacion los mas esclarecidos triunfos.

CAPITULO XIII.

Vida del P. Fr. Jorge de la Torre.

Pasa de España para las Indias, y sucesos de su viage hasta el Colegio.

EL P. Fr. Jorge de la Torre nació en un Lugar vecino á Caldas de Reyes, en el Reyno de Galicia, y habiendo profesado la Regla Seráfica en aquella santa Provincia, vivia en el Colegio de Misioneros de Hebron, muy estimado por sus religiosas prendas, virtudes y buen exemplo, que lo hacian eficaz estímulo para la observancia mas exácta de la Regla, y cumplimiento de las obligaciones particulares del Instituto Apostólico: en éste manifiesto ardiente zelo del bien de las almas, para que el Señor lo había dotado de un generoso espíritu, con que movia extraordinariamente á penitencia y dolor de los pecados á sus auditores; por lo que yendo en las Misiones acompañado de otro Venerable y muy docto Padre, solo á él se atribuian los frutos y admirables conversiones, creciendo cada dia mas la fama de su doctrina, eficacia y predicacion apostólica.

Estos comunes aplausos eran para el P. Fr. Jorge un duro pótro de tormentos, en que su humildad se affigia y mortificaba: porque viéndose llamado al exercicio de la predicacion evangelica, y que no podia desertar del ministerio sin el justo temor de que esto fuera enterrar los talentos que el Señor le había confiado, para negociar con ellos las usuras espirituales y bien de sus próximos, lo contrastaba el natural temor que debía

tener á la arrogancia del amor propio; pues aun en el mismo Seminario se aplaudia la grande estimacion con que era venerado de los Pueblos; y así padecia una nueva especie de martirio, que es sin duda muy penoso para el que no obra con respecto de sí mismo, sino solo con el de la mayor honra y gloria de Dios. En esta congoja le ofreció la divina Providencia una ocasion muy oportuna para su espiritual consuelo, porque llegó á aquel Colegio la Patente en que con licencia del Rey, y facultad de los Superiores, exhortaba el V. P. Fr. Francisco Estevez, Comisario de Misiones, á los Religiosos que tuviesen divina inspiración, para agregarse á los que habia de conducir al Seminario de la Santa Cruz de Querétaro, con el fin de propagar la Fe entre los Infeles, y predicar á Christo Crucificado, para la reforma de las costumbres de los Fieles.

Fue esta una prueba que demostró la verdad de los interiores sentimientos que en el corazón tenía sufocados el P. Fr. Jorge; y aunque tenia el honrado pretexto para darse por excusado en este convite Evangelico, el de ser Vicario del Colegio, no se hizo sordo al divino llamamiento, sino que ofreció al Señor en la ara de su obediencia, el sacrificio de renunciar su Patria, Parientes y comodidades religiosas, para seguir á Christo en los trabajos, que intimó á sus Misioneros, sin el temor de que